

Turquía.

ENTRE LA BANCARROTA Y EL FASCISMO

JOAQUIN RABAGO



Bülent Ecevit, un socialdemócrata en dificultades.

CUANDO, pese a todos los pronósticos de Washington, cayó al fin la Monarquía en el Irán, los políticos norteamericanos no se limitaron a acusar a la CIA de haberse equivocado groseramente en sus informes, sino que reprocharon también a la prensa que no hubiese sabido detectar a tiempo la magnitud del descontento popular con el régimen del Sha. Esta vez, si no la CIA, al menos la prensa ha aprendido la lección, y las informaciones que envían estos días los corresponsales de agencias y periódicos de los Estados Unidos desde la vecina Turquía no son precisamente tranquilizadoras.

En primer lugar está la situación económica de ese país miembro de la OTAN, prácticamente al borde de la bancarrota. Las cifras hablan por sí solas. Si al final de 1977 la deuda exterior turca era de 13.000 millones de dólares, hoy es de 25.000 millones; o sea, más de la mitad del producto nacional bruto. La inflación, también durante el año pasado, fue de un 65 por 100 aproximadamente, aunque las cifras oficiales hablan de sólo —¿sólo?— un 42 por 100. Mientras tanto, el índice de paro, calculado en un 20 por 100, aumenta de forma incesante debido al crecimiento vegetativo de la población, que hace que anualmente lleguen 400.000 jóvenes al mercado de trabajo.

De nada —o muy poco— sirvió la concesión por el Fondo Monetario Internacional de un crédito de 450 millones de dólares para el saneamiento de una economía que había dejado totalmente maltrecha el predecesor de Ecevit en el Gobierno, Suleyman Demirel, dirigente del Partido de la Justicia y organizador de la coalición de partidos de derecha y extrema derecha llamada Frente Nacional. El FMI obligó al nuevo Gobierno socialdemócrata a una devaluación de la libra turca del 23 por 100 en marzo del pasado año a cambio de los créditos internacionales. Pero la inflación siguió aumentando. En vista del fracaso de la política económica de Ecevit, el FMI decidió suspender su ayuda. Algo parecido ocurrió con los 450 millones de dólares que la CEE tenía destinados para el candidato al ingreso en la Comunidad.

Tan grave como la situación económica es, sin embargo, la política. Una situación que podría calificarse de prefascista y que ha obligado a Ecevit, entre otras cosas, a decretar el estado

de sitio en 13 de las 67 provincias del país.

Más de 1.000 muertos causó el terrorismo ultraderechista en 1978, y ya son 30 en lo que va de año. Los disturbios más graves, que obligaron al Gobierno socialdemócrata a tomar las medidas excepcionales, ocurrieron en diciembre pasado en la ciudad de Kahramanmaraş, después de que dos profesores izquierdistas fueran asesinados por unos alumnos fascistas de la propia escuela donde enseñaban. Los imanes de esa localidad del Sur de Anatolia se negaron a officiar ningún servicio religioso por aquellos "comunistas ateos", a pesar de lo cual se organizó un cortejo fúnebre de unas 10.000 personas, en su mayoría chilitas. Este hecho provocó la reacción de los sunitas, que pasaron a la población a sangre y fuego. El balance de muertos fue de más de 250 personas, entre ellas mujeres y niños. Para restablecer la calma, el Gobierno hubo de enviar aviones y tropas de Infantería.

Por debajo de esta aparente guerra de religión, que es tam-

bién guerra política, ya que los chilitas tienen en el país una tradición socialista, existen evidencias suficientes de la participación, en ese y otros disturbios, de comandos fascistas, como los llamados "lobos grises" del coronel Alparslan Türkeş, dirigente del Partido de Acción Nacional, que estuvo integrado en la coalición derechista de Demirel, y las "contraguerrillas" del ex general Faik Turun, muy infiltradas en las Fuerzas Armadas.

Desde la llegada al Gobierno de Bülent Ecevit, el 5 de enero de 1978, esos grupos de matones y pistoleros han tratado de implantar un estado de terror callejero que recuerda al provocado por los nazis alemanes poco antes de la subida de Hitler al poder.

Tampoco la tan traída y llevada CIA parece ajena a lo que está pasando en Turquía. Ya en un libro aparecido en 1977, un ex asesor jurídico del Ministerio turco de Defensa, Emin Deger, se refería a la utilización por las Fuerzas Armadas de un manual de la Agencia en el que pueden leerse, entre otras cosas: "Ha-



Miembros de la brigada especial de la Policía turca, ayudados por militares. Llegan a un posible escondite de terroristas.

brá que llevar a cabo acciones que produzcan la Impresión de ser obra de revolucionarios. No se rehuirá ningún tipo de atrocidades" (1). Un terreno abonado para las acciones de esos provocadores serían las provincias de Anatolia Oriental, donde viven unos ocho millones de kurdos en condiciones cuasi feudales.

Es cierto que en Turquía la modernización comenzó antes que en el vecino Irán, y parece haber sido muy profunda; que la influencia de la religión es menor (2) y que el régimen parlamentario constituye en cierto modo una válvula de escape para el descontento de la población.

Sin embargo, como señala agudamente Ata Gil en "Le Monde Diplomatique" (número de febrero), la burguesía nacional, que ha realizado durante los veinte últimos años una acumulación considerable gracias a las industrias de montaje y de bienes de consumo duraderos, desea ahora pasar a un nivel superior de industrialización con la fabricación de máquinas y armamentos. Ahora bien, para llevar esto a cabo, tiene que neutralizar a los sindicatos y disminuir la influencia de la izquierda. Si, ante la incapacidad probada del derechista Frente Nacional de Demirel, ahora ha optado por la solución socialdemócrata de Ecevit, lo cierto es que guarda en la recámara, para utilizarla si es preciso, la solución totalitaria. Salida que tal vez no fuese mal vista del todo por los Estados Unidos.

Porque después de lo sucedido en Afganistán y el Irán, Washington no puede permitirse el lujo de perder un aliado que tiene el segundo Ejército de tierra en importancia de los países de la OTAN y en cuyo territorio fronterizo con la URSS está instalada una valiosa red de puestos de escucha.

En Guadalupe primero, y luego en Bonn, los grandes de Occidente discutieron un programa de ayuda económica urgente al "aliado enfermo". Condición ineludible es que Ankar se pliegue a las severas exigencias del FMI: Entre ellas, una nueva devaluación aún más fuerte que la anterior, una limitación en las subidas de salarios y una reducción drástica de la tasa de crecimiento. Medidas cuya impopularidad podría muy bien precipitar la caída de Ecevit. ¿Habría llegado entonces la hora de la solución totalitaria? ■

(1) Citado por "Der Spiegel", 1 de enero de 1979.

(2) Hay seis millones de chiltas de una población musulmana de 40 millones.



Italia

El ocaso de la Democracia Cristiana

PROBABLEMENTE, las gestiones que está haciendo el republicano Ugo La Malfa para formar gobierno, designado por el Presidente Pertini, representan la última posibilidad: antes de una disolución de la Asamblea y la convocatoria de elecciones generales. Probablemente, también, fracasarán, aunque hay algunas posibilidades de que tengan un relativo éxito. La primera, el miedo de los grandes partidos a las elecciones; la segunda, la amenaza implícita a la Democracia Cristiana de que puede terminar su largo período de poder que ejerce desde 1945: es la primera vez desde entonces —desde el Gobierno Parri— que el Presidente de la República convoca a un político "laico" —es decir, que no pertenece a la Democracia Cristiana— para formar gobierno. Para la Democracia Cristiana pasar a la oposición sería, simplemente, un horror. Su condición de partido único —aunque en la realidad no

lo sea— le ha permitido colocar en casi treinta y cinco años millares de funcionarios, dar privilegios a sus afiliados o simpatizantes —o simplemente a quienes la han ayudado—, estar presentes en todos los negocios, en todas las industrias, en todas las compras de terreno. La caída de la Democracia Cristiana sería, en Italia, una especie de revolución.

Puede que sea la revolución necesaria. El país se ha anquilosado bajo este largo reino; su política y su economía se han malformado. Quitando el tapón de la DC, habría por lo menos una sensación de novedad y de cambio que tal vez no condujera a nada decisivo, pero que destruiría una clase establecida —salvo los transfugas— para colocar otra. Probablemente, en pro del mismo servicio —a partir del de los Estados Unidos y las alianzas de Occidente, y contando con la gran industria— para formar otra.

Quizá por ello la DC se ha

Las gestiones del republicano Ugo La Malfa para formar gobierno representan la última posibilidad antes de la disolución de la Asamblea y la convocatoria de elecciones generales.

apresurado a publicar un comunicado diciendo que está dispuesta a "buscar una solución a la crisis que responda a las exigencias por las cuales fue decidida y se confirmó la política de solidaridad nacional", y se ha dirigido de nuevo al Partido Comunista para ofrecerle otro pacto, aunque evitando siempre que haya ministros comunistas en el Gobierno —lo cual está fuera de sus posibilidades; pero el PCI no renuncia a esa solicitud, a la que cree que tiene derecho—; quizá por ello esté estudiando la posibilidad de que el Presidente del Gobierno sea un "laico" como La Malfa —hombre generalmente respetado a título personal—, pero conservando los suficientes puestos en el Gabinete como para mantener su poder (es, en definitiva, el primer partido de Italia; pero el segundo es el Comunista). La DC iría a aceptar que la mitad de los ministros fueran designados por ella, aunque no pertenecieran a su partido. Pero lo que más le puede horrorizar es que, a pesar de todo, se disolviera el Parlamento, y la organización de las elecciones, que ha sido siempre su fuerza política —por el sistema caciquil, al que tanto han contribuido los eclesidásticos—, estuviera en manos de un republicano. Por su parte, los comunistas siguen insistiendo ante La Malfa en su demanda de tener ministros de su partido o designados por su partido; pero no querían perder esta oportunidad de que hubiera un gobierno presidido por un "laico" que comenzase a arrojar al infierno de la oposición a la DC. La Malfa, por otra parte, aunque no va a contar con ministros comunistas, no es un anticomunista definido.

Quizá no sea este, todavía, el final de la DC italiana. Pero está muriendo. Ha sido ya tan golpeada por los acontecimientos de los últimos años, que difícilmente sobrevivirá. Si se contrae para evitar las elecciones, perderá mucho; si se enfrenta con ellas, ahora que se ve la posibilidad de que su largo mandato caiga, puede perder más. ■